

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

Gayle Callen



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Never Dare a Duke
Traducción: Daniel Melendez Delgado

- © 2008 Gayle Kloecker Gallen. Reservados todos los derechos
- © 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2010 por la traducción Daniel Melendez Delgado. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Abril 2010

ISBN: 978-84-92967-05-6

Depósito Legal: B-15400-2010

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Liberduplex S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

*Para mi tía y madrina, Marilyn Cox:
Tú y mi madre me mostrasteis cuán unidas pueden
estar las hermanas, y de esa maravillosa relación aprendí la
más grande de las lecciones.
Gracias por todas las visitas que me has hecho,
por las risas y por tu apoyo, que me ha hecho sentir
como una hija más que como una sobrina.
Te quiero.*

CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra 1845

—¡Ahí está!

La señorita Abigail Shaw estiró el cuello de una manera muy poco apropiada para una dama.

—¿Dónde? —dijo ella impaciente—. ¿Estás segura de que es el duque?

El cochero del carruaje abierto de lady Gwendolin Warfield continuó maniobrando a través de la concurrida calle que cruzaba Hyde Park.

Para aumento de la frustración de Abigail, Gwen empezó a saludar y a sonreír al resto de carruajes que pasaban por su lado; su pelo negro brillaba al sol bajo su precioso sombrerito.

—¡Gwen!

Todavía con la sonrisa en la cara, y hablando entre dientes en susurros, Gwen dijo:

—Está a lomos de su caballo, sin compañía alguna. ¿Lo ves ahora, allí, frente a nosotros? Es aquel caballero de pelo oscuro que acaba de saludar a los Fogges.

Abigail logró verlo. Christopher Cabot, el duque de Madingley, tenía el pelo y los ojos negros, y una tez color oliva digna herencia de su madre española. Iba a lomos de un caballo con la gracia de un rey, y ella sabía a ciencia cierta que toda la gente que lo estaba viendo aquella tarde lo admiraba por sus buenas y nobles maneras.

GAYLE CALLEN

Pero Gwen le había dicho que había algo más, algo que estaba tapado con dinero y el miedo a la amenaza de la nobleza. Algo muy escandaloso.

Normalmente, Abigail no se dejaría llevar por los rumores y los cotilleos, pero todo había cambiado, y ahora estaba improvisando sobre la marcha.

Siendo como era la hija del editor de un periódico que se enorgullecía de ser un estandarte de la justicia, había crecido con el deseo de marcar la diferencia, y de convertirse en periodista. Todas las personas merecen ser tratadas de manera justa y tener acceso a la verdad. El mundo estaba cambiando, y los miembros de la nobleza no eran los únicos que importaban. Ya no.

Como mujer, se enfrentó a más dificultades a la hora de subir aquella montaña. Incluso su padre desconocía el hecho de que iba a formar parte de los periodistas de su periódico... aún. Pero lo sabría en breve. Empezó escribiendo pequeñas notas, y pronto consiguió hacerse con el puesto del crítico que hacía las reseñas de teatro, pero cuando el jefe de personal le dijo que no podía mantener su sueldo durante más tiempo, se enteró de los problemas financieros del *Morning Journal*.

A pesar de que los problemas de su familia eran bastante preocupantes, no se dejó de llevar por el pánico. Al contrario, se le ocurrió una manera con la que podría ayudar.

Leyendo todos los compendios de su padre, se dio cuenta de que lo que atraía al público eran los cotilleos y los rumores. A la gente de la clase media le encantaban los escándalos y los entresijos de la nobleza. El *Journal* tenía que mejorar, tenía que dar a los lectores las noticias diarias que realmente importaban, mezcladas con cotilleos.

Gwen le había dicho que la familia más escandalosa eran los Cabot. Durante al menos tres generaciones, habían sido el vellocino de oro de todos los periodistas. El primo más joven de la familia, Daniel Throckmorten, se había casado

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

recientemente, después de haber ganado a la novia en una apuesta. El *Morning Journal* tan sólo había informado sobre la petición de mano y el anuncio de la boda, en lugar de concentrarse en los detalles del escándalo en sí. Aquello, según la opinión de Abigail, fue una oportunidad perdida, pero el resto del mundo sí escribió sobre los Cabot, y aun así, la gente se quedó con ganas de más.

El duque era el único miembro de la familia Cabot que se había mantenido a distancia de los escándalos que parecían perseguir al resto de sus parientes. No tenía ninguna reputación, excepto la de ser un soltero de oro. De acuerdo con Gwen, había rumores de que escondía un oscuro secreto, y de que había pagado fuertes sumas de dinero para que permaneciera en secreto.

Abigail se sentía ofendida de que quisiera aparentar ser tan perfecto, de que la gente lo mirara como lo miraba, cuando toda su reputación se había formado sobre mentiras. Ella les debía a sus lectores el descubrir esos secretos y exponerlos a la luz, y con esa nueva noticia podría aumentar las ventas del periódico de su padre, para así atraer a los anunciantes más ricos y salvar al *Morning Journal* de la quiebra. Su padre recuperaría su reputación y podría seguir ayudando a la gente. Tenía que agradecer a Gwen la idea, aunque, en realidad, Abigail aún no le había confesado a su amiga la verdadera razón por la que ella tenía que escribir aquel artículo.

—¿Qué es lo que te había dicho? —dijo Gwen en voz baja, todavía sonriendo a sus amigos—. ¿Acaso no crees que es guapísimo?

—Sí, sí que lo es.

Y verdaderamente, lo era. Ella se había hecho a la idea de que iba a ver a un duque siniestro y arrogante, pero no se había preparado para aquel porte tan atractivo.

Observó que era alto, de correcta postura. Llevaba una capa de monta que enfatizaba sus amplios hombros y su estilizada cintura, y sus pantalones se ajustaban a sus musculosos

GAYLE CALLEN

muslos para después desaparecer en sus pulimentadas botas de montar.

—Casi es demasiado perfecto —dijo Abigail en un susurro. Gwen la miró muy sorprendida.

—¿Te refieres para tu artículo?

—A eso me refiero —dijo Abigail—. Nadie es tan perfecto, por lo que a nadie debería permitírsele embaucar a los demás.

Pero mientras el duque se les iba acercando, sintió que su cara se encendía. Seguramente sería el calor del sol del verano, y no la manera en la que su oscura e impasible mirada pasó sobre ellas.

Algo en ella se tensó cuando la miró directamente. Fue una mirada breve, pero a su vez muy penetrante, e inmediatamente ella supo qué era lo que él observaba. Una mujer bajita, regordeta, con el pelo lacio y marrón, al igual que sus ojos. Nada que pudiera interesar a un duque, y aquello le convenía, se recordó a sí misma. Si iba a investigarlo, mejor sería que pasara desapercibida.

Y el momento pasó, y enseguida estaba saludándolas inclinando levemente su cabeza hacia ambas.

—Buenas tardes, su Gracia —dijo Gwen, saludándole con la mano.

—Hace un día espléndido, ¿no es cierto, lady Gwendolin? —dijo el duque.

Su mirada se cruzó de nuevo con Abigail mientras asentía.

—Señorita.

Su voz profunda no tenía ni un atisbo de acento, a pesar de que había aprendido a hablar el español de manera fluida.

Para sorpresa de Abigail, el hombre aminoró la marcha de su caballo, y así lo hizo también el cochero del carruaje. Ella era una novata en eso del periodismo, y se sintió casi avergonzada de estar cara a cara con el hombre a quien debía investigar.

Ella le devolvió el saludo, manteniendo una sonrisa en sus labios.

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

«Que siga su camino, por favor».

Gwen se echó hacia delante.

—Su gracia, por favor, permítame presentarle a mi querida amiga, la señorita Abigail Shaw. Señorita Shaw, el duque de Madingley.

Una vez más, se vio forzada a exponerse al examen del duque, rezando para que no relacionara un apellido tan común como el suyo con el periódico. Ella no hizo ninguna reverencia, simplemente asintió de nuevo, sintiéndose como si fuera un muñeco oscilante, y luego lo miró a los ojos, decidida a no comenzar su nueva empresa con cobardía. Él no pareció reconocerla.

—Es un placer conocerla, señorita Shaw —contestó.

Inmediatamente, ella odió cómo sonaba su nombre en los labios de él. ¿Cómo podía haber caído tan fácilmente en la trampa de admirar a alguien simplemente porque fuera un duque? Seguro que no era mejor que sus ingenuos lectores.

—Lo mismo digo, su Gracia.

Para su propio alivio, su voz sonó normal, tranquila y fría, más que adulatora.

Pero eso hizo que él la mirara incluso con más interés, como si no estuviera acostumbrado a hablar con una mujer tan discreta. Ella se mordió levemente el labio para evitar hacer algo que estropearla la situación.

—La señorita Shaw acaba de llegar a Londres, su Gracia —dijo Gwen—. Ha nacido y vivido en Durham.

Abigail se puso muy tensa. ¿Gwen estaba mintiéndole? ¿Qué es lo que estaba pasando?

El duque le ofreció a Gwen la más encantadora de las sonrisas.

—Entonces estoy seguro de que se encuentra en la compañía apropiada, lady Gwendolin. Seguramente habréis estado enseñándole la ciudad. ¿Qué sitios han visitado?

Gwen pareció aturdida por un instante ante esa inesperada pregunta.

GAYLE CALLEN

Abigail reaccionó rápidamente.

—Hemos ido al nuevo Museo Británico, su Gracia. Me encantó la biblioteca.

—¿Los libros, señorita Shaw? ¿Y las pinturas? ¿Y las esculturas?

Maldición, ¿acaso podría haber parecido más aburrida y simple? Y sin embargo, la sonrisa del duque no desapareció de su rostro, por lo que ella supuso que se debía a la práctica que tenía a la hora de ocultar su lástima.

Gwen abrió la boca en un intento de disimular su torpeza, pero Abigail volvió a hablar, sin pensar:

—Si hubiera confesado mi admiración por las pinturas, su Gracia, seguramente me hubierais preguntado si mi predilección caía sobre los paisajes o sobre los desnudos.

Él parpadeó, Gwen se puso rígida, y Abigail creyó que el tiempo se había congelado en un momento de intensa vergüenza.

Al final, él rió entre dientes.

—Qué respuesta tan inteligente, señorita Shaw. Que disfruten de la visita por la ciudad.

Mientras pasaban por su lado, el nudo de su estómago se fue deshaciendo. El carruaje volvió a ponerse en marcha.

De repente, Gwen estalló en carcajadas.

—¡Ha sido culpa tuya! —dijo Abigail, totalmente encendida—. ¡Ni tan siquiera me habías advertido de que habías planeado presentarme!

Gwen le cogió las manos y se las apretó.

—Sin lugar a dudas has captado su atención, pero que eso no te importe. Recuerda que todos querrán leer lo que tengas que decir sobre él —dijo con bastante excitación en su voz—. Es un misterio bastante atractivo, así tu padre verá que mereces escribir en el periódico.

—¡Pero le has mentado sobre mí! ¿Por qué va a ser importante que él no sepa que soy de Londres?

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

—Confía en mí, Abby. Ya te lo explicaré todo más adelante. Yo tan sólo quiero lo mejor para ti.

—Pero...

—Oye, ¿no quieres entrevistarme para tu historia? Puedo ser tu fuente anónima.

A pesar de que Abigail quería mantener todo aquello bajo un tono serio, sin dar a conocer sus sospechas y sus preguntas, no pudo evitar reprimir una carcajada compartida con Gwen. Abigail de repente pensó en el mundo que rodeaba a su amiga, con un padre progresista que había enviado a su hija a un colegio con las hijas de los miembros de la clase media. Gwen nunca se había visto por encima de las demás, y había demostrado ser una amiga de verdad, en la que confiar en cualquier situación. Una vez Abigail se convenció de que uno de sus más odiados profesores era en realidad un salteador de caminos disfrazado, y fue Gwen la que consiguió un carruaje de los establos del colegio para que pudieran ir arriba y abajo por los caminos durante horas, todo para probar la teoría de Abigail. La verdad es que no sabía qué habrían hecho si el hombre hubiera resultado ser un salteador en lugar de un pretendiente secreto que cortejaba a la hija del vicario local.

Abigail sabía que era muy instigadora y que siempre empujaba a Gwen a la aventura. Tal vez era ahora Gwen la que tenía una nueva aventura que correr.

Esforzándose por ser paciente, Abigail sacó su pluma y su libreta de notas.

—¿Desde cuándo ostenta el título de duque?

Gwen se puso entonces bastante seria.

—Su Gracia tenía tan sólo dieciocho años cuando su padre murió, o eso es lo que me dijo mi madre. De eso hace nueve años, yo todavía iba a la escuela, así que no me acuerdo de mucho de aquello. Se suponía que él debería haber ido a la universidad, como sus ascendientes, pero por supuesto no pudo, ya que tenía nuevas responsabilidades.

GAYLE CALLEN

—¿Crees que el joven se sintió abrumado por la situación? —dijo Abigail con la intención de que ella mirara por encima de su hombro para estudiar al duque.

—Si lo estuvo, nunca he oído que lo dijera. Tomó las riendas de su familia. Pasa gran parte de su tiempo en Madingley House, la mansión de la familia en Londres, y su madre regenta su casa de campo en las afueras de Cambridge. No es que le guste mucho Londres.

—El viejo duque se enamoró de ella en España, ¿verdad?

—¡Y menudo escándalo fue! Era una simple plebeya. A veces la nobleza puede ser muy cruel, y ella nunca encajó, pero es cierto que ambos estaban muy enamorados, así que imagino que a ella nunca le importó.

—Y ahora me dirás que éste, el duque más reciente, alguien supuestamente perfecto, tiene un algo muy escandaloso y oculto.

Gwen se encogió de hombros.

—Depende de ti el encontrarlo. Sólo sé que alguien le pagó una cantidad de dinero a otro alguien de parte del duque. Puede que se tratara de un chantaje, ¿no crees? O tal vez de un hijo ilegítimo, o incluso un soborno a alguien del gobierno.

—No podemos seguir elucubrando a lo loco —dijo Abigail poniéndose seria—. Debemos recabar los hechos antes de llegar a ninguna conclusión.

—Y yo sé la manera perfecta de hacerlo.

Gwen tomó la mano de Abigail.

—Abby, sé que nunca has hecho algo así, pero quiero proponerte un plan.

—¿Hacer qué? —dijo Abigail algo confusa—. ¿Proponerme qué plan?

—He recibido una invitación de Madingley Court, el retiro campestre del duque, con motivo de la primera celebración que organiza su madre, la duquesa, desde que quedó viuda. Creo que es en beneficio de su única hija, la cual recientemente fue a presentar sus respetos a la reina y ahora necesita ser

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

presentada en sociedad y a los jóvenes caballeros en soltería. Mi tía me hará de chaperona, y estoy segura de que podré convencerla para que mi querida amiga, la hija de un gentil caballero, que está visitándome, pueda acompañarme.

Abigail se quedó boquiabierta, mirándola.

—No es posible que te refieras a mí. ¿Por eso fue por lo que le dijiste que acababa de llegar a Londres?

Gwen rió, dándole vueltas a su parasol.

—¿Y qué más tienes pensado para investigar a un hombre como el duque?

—¿Crees que accedería a que le hicieras una entrevista? Tal vez sus parientes gentilmente te contarían todo lo que...

—¡Oh, Gwen, cállate! ¡No disimules! ¡Lo has planeado todo! Me has propuesto deliberadamente que los Cabot sean mi objetivo por su invitación para la fiesta —dijo Abigail cruzando sus brazos—. ¿Pretendes que me acerque a él en su propia casa y que le mienta?

—¿Qué mentira? ¿Que eres la hija de un caballero? ¿Acaso tu padre no es un buen hombre?

—¡Es el propietario de un periódico! A pesar de sus maneras caballerosas y sus bienes, la nobleza nunca lo consideraría un caballero. Él trabaja para ganarse la vida.

—Mi padre dice que considerar únicamente a los grandes terratenientes como caballeros es una tontería.

—En su posición de conde, tu padre puede permitirse el pensar de diferente manera.

—Sabes que mi padre considera a todos los hombres iguales, y que...

—Gwen —dijo Abigail, interrumpiendo a tu amiga—, sabes que adoro a tu padre. Si no fuera por sus progresivas ideas, por las que casi podría decirse que es americano, tú y yo nunca nos habiéramos conocido. Le estaré en eterna gratitud por la manera en la que me ha tratado a mí, y a mi familia.

—Entonces deja que haga esto por ti. Tan sólo es una mentirijilla, y será muy divertido tener a mi mejor amiga a

GAYLE CALLEN

mi lado. Ese tipo de eventos pueden llegar a ser muy aburridos, especialmente si les acompaña el mal tiempo. ¿Cuántas cartas se pueden llegar a escribir a lo largo del día? Además, recuerda que el duque apenas visita la zona campestre en esta época del año. El Parlamento está en plena sesión, y estará muy ocupado para el festejo.

—¿Estás segura de que no estará allí? —Recordó la vergüenza que acababa de pasar.

—Estoy segura —dijo Gwen con una sonrisa—. Tú serás otra invitada más, deambulando por su casa mientras charlas con su familia y criados, enterándote de todo lo que quieras de su vida, y sobre cómo creció. ¿No es eso lo que haces cuando entrevistas a alguien?

—Por supuesto, pero nunca he tenido la oportunidad de entrevistar a mucha gente. Recuerda, todo lo que suelo hacer para el periódico es ver una obra de teatro y escribir una reseña.

Hasta la propia Abigail pudo percibir la amargura tediosa de su tono. Tan sólo un año atrás se había atrevido a empezar a escribir de manera anónima para el periódico de su padre. Había sido su propio secreto, su prueba personal para demostrar sus capacidades, pero si el periódico terminaba por cerrar, no tendría ni eso, y lo peor de todo, su padre estaría arruinado.

Gwen sonrió.

—Pero ahora tienes la oportunidad de mostrarle al mundo de lo que es capaz una mujer con talento.

Abigail dejó reposar su espalda en el respaldo del asiento del carruaje y cerró sus ojos ante el resplandor del sol.

—Oh, Gwen, lo haces tan tentador...

—Es como si el destino, en la forma de una inesperada invitación, te hubiese ofrecido la oportunidad perfecta, y antes de que protestes diciéndome que no has sido invitada, si estás de visita en mi casa durante un mes, se supone que también te estarán esperando. Eres mi mejor amiga. Y a ellos tampoco les

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

estoy mintiendo. Anda, di que sí —dijo Gwen, parpadeando con sus persuasivos ojos y una sonrisa de confianza.

Abigail dudó unos instantes, al final, el sentido común habló por ella.

—Bueno, pensaré en ello.

Gwen saltó.

—¿Es que no puedes sacar conclusiones rápidas? Tengo que enviar una respuesta a la invitación en un día o dos.

—Tomaré mi decisión mañana.

Con un suspiro muy exagerado, Gwen también se recostó sobre el respaldo, inclinando su parasol para que Abigail no pudiera ver su rostro.

—¿Y me perdonarías si no siguiera adelante con esta locura de plan? —preguntó Abigail, intentando no reírse.

Gwen subió levemente el parasol para mirar a su amiga con los ojos entrecerrados.

—Probablemente no.

—Entonces ésa es una razón más que razonable para evitar llevar a cabo este plan.

—Piensas demasiado. Deja de martirizarte con tanto pensar y empieza a aprender a asentir con más regularidad. Nunca se sabe a quién podemos llegar a conocer en el festejo.

La sonrisa de Abigail desapareció cuando llegaron a la concurrida avenida, repleta de fastuosos carruajes y gentes de alto porte. Gwen posiblemente no se preguntaba si Abigail podría o no encajar en aquel ambiente, ya que, a decir verdad, nunca había sabido a ciencia cierta qué es lo que se espera de la hija de un caballero.

Aquella noche, Abigail se sentó junto a su padre en una mesa atestada de papeles en su despacho.

Su padre era un hombre fornido que gozaba de una vida acomodada gracias al dinero que había ganado honradamente. Tenía un único mechón de pelo gris en la cabellera, y una boca que siempre parecía incompleta si no tenía un ciga-

GAYLE CALLEN

rro en los labios. Muchas veces durante la semana llevaba artículos en los que sus escritores estaban trabajando para que ella le diera su opinión y conocer así el punto de vista que sobre ellos podrían tener las mujeres. Ella no podía hacer otra cosa sino halagarlos, ya que su periódico provocaba debates, incluso en el Parlamento, que hacían de la sociedad algo mejor.

—¿Y éste, Abigail? —preguntó él, dejando caer otro papel escrito frente a ella antes incluso de que hubiera terminado de leer el anterior.

Ella miró por encima el artículo, tratando de no pasarlo mal al leer las dificultades por las que tenían que pasar las mujeres inmigrantes para sobrevivir. Ella nunca pasaría por ese tipo de problemas, lo sabía, ya que tenía planes para su futuro, y un talento que le ayudaría a conseguirlos. Seguramente lo había heredado de su padre. Por un momento, pensó en confesárselo todo.

Pero, de repente, él le quitó el artículo de las manos.

—Espera, éste no era el que quería que leyeras. Todavía no lo he editado, es demasiado gráfico para los ojos femeninos.

—Pero papá, yo ya soy una persona adulta. Leo tu periódico desde hace muchos años. No necesitas protegerme de la vida.

Él esbozó una sonrisa ausente, todavía abstraído en su trabajo.

—Ése se supone que es el deber de un padre, y después será el de tu marido.

Ella soltó un suspiro. Hasta que no consiguiera mostrarle a su padre quién era, siempre la vería como su pequeña niña, en lugar de como una mujer con talento. Su investigación periodística sobre el duque arreglaría todos esos problemas. De nuevo, se vio pensando en la oferta de Gwen para llevarla a Madingley Court, y en los riesgos que todo aquello conllevaba. Si estaba en su mano ayudar al *Morning Journal*, y, de paso, a la reputación de su padre, ¿no debería acaso hacer todo lo que fuera posible?

LAS TENTACIONES DEL DUQUE

La campanilla de la puerta sonó, pero ni hija ni padre le prestaron atención.

Al cabo de unos minutos, sonó una voz femenina.

—Disculpa, Lawrence.

Abigail levantó la cabeza con una sonrisa. Su madre, Henrietta, estaba de pie junto a la puerta del despacho. Su figura era delgada y delicada, con un pelo fino de color marrón que estaba empezando a perder el color. Era la hija de un sastre que nunca se había terminado de acostumar a la vida de lujo que su marido le había dado.

De inmediato, Abigail se dio cuenta de que su madre no estaba sola. Un joven, con una vehemente y esperanzadora expresión, le lanzó una tentativa sonrisa. Sería de mediana edad, de facciones suaves, lo suficientemente ataviado como para intuir que tenía una vida bastante activa.

Su padre se puso en pie, sonriendo levemente primero al joven y luego a ella. Abigail reprimió su suspiro de resignación. A pesar de que había crecido adorando a su padre, estaba bastante desalentada ante su proyecto de casarla con un hombre por encima de su posición. ¿Por qué otra cosa podría un hombre de negocios ofrecer su hija a un noble sino por dinero? Mas su padre nunca había mencionado que las motivaciones de sus ansias de casarla fueran los problemas que tenía el periódico. Así que, ¿cómo dejar de querer a su padre, a pesar de la naturaleza manipuladora que éste ablandaba con puro amor?

Cuando ella se puso en pie, su padre le hizo un ademán con la mano para que se apresurara a acercarse.

—Abigail, deja que te presente al señor Wadsworth. Estará en la ciudad durante una temporada. Tiene una propiedad en el distrito Lake.

Su padre parecía exageradamente orgulloso de sí mismo, y ella lo comprendió todo de inmediato. El señor Wadsworth era un «caballero», en el sentido literal de la palabra. Ella hizo una reverencia, resignada.

—Señor Wadsworth, ésta es mi hija, la señorita Shaw.

El señor Wadsworth se inclinó ante ella.

—¿Se conocen desde hace mucho usted y mi padre, señor?

La florida cara del señor Wadsworth enrojeció aún más.

—Soy un nuevo miembro del Parlamento, señorita Shaw, y el *Morning Journal* siempre ha sido un incondicional apoyo de los muchos proyectos de ley que estoy proponiendo.

Abigail sonrió a su padre.

—Mi padre, siempre tan interesado en ayudar a la gente.

Abigail miró a su madre, quien ocultó su sorpresa concentrándose en el bordado que había cogido.

—Lo he invitado a comer —dijo su padre —, y él no dudó en aceptar, sobre todo al enterarse de que conocería a toda la familia.

Incluida a la hija casadera, fueron las palabras que nadie pronunció.

¿Ése iba a ser su futuro? ¿Casarse con el pretendiente ideal de su padre mientras tuviera el dinero suficiente para que lo fuera? ¿Sucumbiría a la desesperación de su progenitor y se rendiría, con la esperanza de que eso ayudara a sus padres cuando ellos no pudieran valerse más? ¿Cómo sobreviviría su padre a la humillación de la bancarrota?

No, ella no lo permitiría.

Mientras su mente siguiera funcionando, mientras pudiera seguir escribiendo, trabajaría en esa historia del escándalo que devolvería los lectores al Journal. Haría que su padre fuera de nuevo respetable, y salvaría a su familia. Los Cabot tenían tierras, poder y dinero, pero todavía usaban medios ilegales para ocultar sus crímenes. Eso no era justo para el pueblo llano. La verdad y la justicia debían prevalecer.

Así que decidió aceptar la invitación de Gwen. Iría a la casa de campo del duque.